

DIEGO LANZA – GHERARDO UGOLINI (eds.), *Storia della filologia classica*, Studi Superiori 1041. Roma: Carocci editore, 2016, 408 pp. ISBN 978-88-430-8059-5.

Cuando, a comienzos del siglo XVIII, Jonathan Swift nos relata en su *Battle of the books* la legendaria contienda que tuvo lugar en la Biblioteca de Saint James entre los antiguos y los modernos, asistimos a lo que un lector no avisado podría percibir, cuando menos, como una paradoja. El filólogo Richard Bentley, ya en alguna otra ocasión convertido en personaje literario por el mismo autor satírico, se nos presenta como uno de los abanderados del bando de los modernos. ¿Cómo es posible que un consumado experto en Homero y Horacio, además de uno de los mejores cultivadores de la crítica textual de textos antiguos basada en la conjetura, no combata al lado de los que son supuestamente sus aliados, los antiguos? En la supuesta paradoja habita su razón fundamental de ser: Bentley no es más que uno de los más conspicuos “modernos”, pues cree saber más de los antiguos incluso que ellos mismos.

Esta condición esencialmente moderna de los estudios clásicos a partir del siglo XVIII, no en vano herederos de la tradición humanística del Renacimiento, también los convierte en fruto de las nuevas corrientes historicistas del pensamiento ilustrado. Ello da lugar a un nuevo relato de la Antigüedad que se inicia con figuras tan relevantes como Johannes Joachim Winckelmann, el propio Bentley y, sobre todo, Friedrich August Wolf. El profesor Salvatore Cerasuolo ha señalado convenientemente la herencia que la “Enciclopedia de la Antigüedad” de Wolf recibe del mismo enciclopedismo ilustrado de la época a la hora de dividir las “Ciencias de la Antigüedad” en diferentes ramas del saber, rompiendo así con el antiguo carácter circular (propriadamente “enciclo-pédico”) de los viejos saberes humanísticos. Partamos, pues, del hecho maravillosamente paradójico de que las “Ciencias de la Antigüedad” y la “Filología Clásica” son creaciones modernas, en definitiva, una manera de actualizar a la luz de un nuevo presente (con sus correspondientes métodos) lo que no deja de ser la ilusión del estudio de un remoto pasado “tal cual fue”.

El libro que reseñamos se adecua perfectamente, tanto por su contenido como por su disposición, a estos presupuestos modernos de la Filología Clásica tal como hoy la conocemos. Es ya un hecho más que significativo que el autor elegido para que dé inicio a este relato sea el propio Richard Bentley, y que tal historia no comience, como ocurre, por ejemplo, con el tomo segundo de la *Historia de la Filología Clásica* de Rudolf Pfeiffer, en el 1300. Lo

que conocemos como Filología Clásica adquiere su carta de naturaleza con las llamadas “Ciencias de la Antigüedad” de Wolf, y son parte de un proceso impensable sin la propia Ilustración y de la configuración de la Historia crítica. No en vano, es a finales del siglo XVIII cuando se configura el concepto de “Clásico” para hablar de la “Antigüedad” como tal, concebida ésta ahora como un objeto de estudio histórico y diferenciado de nuestras propias circunstancias, frente al modelo meramente ejemplarizante de la antigua *humanitas*. Por ello, la Filología Clásica entendida como tal (sin anacronismos) es ya asunto propio de los “modernos”.

Además de partir de este sentido moderno y propio de la Filología Clásica, la aparición de esta nueva monografía debe ser celebrada también porque enriquece un acervo bibliográfico que, en verdad, resulta bastante escaso. No existen, de hecho, muchas monografías dedicadas a la historia de la Filología Clásica, como podemos ver en la relación de obras relativas a ese asunto que se hace en la p. 395. Recordémoslas sucintamente: Bursian (1883), Sandys (1903), Gudeman (1907), Kroll (1908), Wilamowitz-Moellendorf (1921), Pfeiffer (1968) (desde los comienzos a la etapa helenística), Hentschke y Muhlack (1972) y de nuevo Pfeiffer (1982), que completa con la modernidad su historia iniciada en los tiempos antiguos (desde Petrarca a Mommsen). De tales obras, en español tan sólo se han traducido los dos tomos de Pfeiffer, en los años 80 del siglo XX, y acaso no todo el mundo sepa que la *Historia de la Filología Clásica* de Wilhelm Kroll fue vertida por Pascual Galindo Romeo para la editorial Labor en 1928, precisamente en los tiempos donde nacía oficialmente la Filología Clásica en nuestro país, como fruto de un soñado anhelo que se había iniciado durante el último cuarto del siglo XIX, durante la llamada “Polémica de la ciencia española”.

De cualquier forma, y al margen de algunos ensayos parciales, semblanzas biográficas de filólogos o historias particulares de alguna disciplina, observamos que las historias de la Filología Clásica como tales no llegan a una decena, por lo que la aparición de esta nueva obra, coordinada por Diego Lanza y Gherardo Ugolini, supone una aportación específica, nada menos que la primera historia de la Filología Clásica publicada en el siglo XXI. Asimismo, es significativo que sean ahora los académicos italianos quienes se hayan preocupado de semejante menester, en una disciplina historicista donde el predominio ha sido casi siempre el germánico. La Filología Clásica italiana, si bien muy deudora de la germánica, tiene, no obstante, sus propias características y, en ese sentido, se nos ofrece un relato actualizado y no meramente acumulativo de los hechos, articulado sobre todo a partir de figuras notables que dan nombre a las diversas épocas que representan. Es muy orientativo y definidor de la propia naturaleza del libro que reseñamos su esquema. Tras una oportuna introducción, la obra se articula en tres partes:

a) La primera abarca desde el capítulo primero al cuarto, dedicados a Richard Bentley y la “filología como arte de la conjetura” (a cargo de Francesco Lupi), Christian Gottlob Heyne y los nuevos caminos para el estudio de los antiguos (a cargo de Sotera Fornaro), Friedrich August Wolf y el nacimiento de la *Altertumwissenschaft* (a cargo de Gherardo Ugolini) y, finalmente, Wilhelm von Humboldt (“el gimnasio humanístico y la Universidad de Berlín”) (también a cargo de Gherardo Ugolini).

Como podemos ver, el relato de este libro se deja llevar por los hitos que constituyen las figuras notables de la disciplina, no de una manera muy distinta a como suelen proceder los propios historiadores de la ciencia. En este sentido, José María López Piñero nos dice en su obra divulgativa titulada *La ciencia en la historia hispánica* que uno de los grandes obstáculos a la hora de historiar la ciencia en una comunidad dada es el mito romántico del “héroe” científico, de manera que si no existen “grandes figuras” en la ciencia dentro de un período dado consideramos que no merece la pena estudiar tal período. No obstante, esta manera de proceder es, por supuesto, la más recurrida, y es también la que nos permite conocer mejor, de una manera muy gráfica, los avatares de la historia de la investigación y el conocimiento, si bien nos puede hacer caer en el espejismo de que cuando no aparece un nombre notable ya no puede considerarse que en un lugar o momento dado haya habido conocimiento alguno. Se trata de un fenómeno que, al igual que en las historias de ficción, equipararía a los grandes sabios y científicos con los héroes, obviando que la historia del conocimiento no sólo requiere de primeras figuras (que, por supuesto, las requiere), sino de la llamada “masa crítica” que cree el contexto adecuado para el desarrollo de las investigaciones. En cualquier caso, el libro nos ofrece de una manera muy didáctica la etapa formativa de la moderna Filología Clásica a través de los cuatro nombres clave que ya hemos referido: Bentley, Heyne, Wolf y Humboldt. El criterio es válido si lo consideramos como una manera orientativa de comprender el proceso que lleva a la configuración de las Ciencias de la Antigüedad, pero no suficiente. En este sentido, hay algún estudio anglosajón que reivindica la figura de Winckelmann no sólo para la configuración de la historia del arte antiguo, sino también para la de los propios estudios clásicos, como Katherine Harloe.

b) A partir del mismo criterio del “héroe” o “protagonista”, por utilizar en este segundo caso el término al que recurren los propios editores, la segunda parte de la obra se abre con un capítulo dedicado a Karl Lachmann (a cargo de Sotera Fornaro), al que sigue otro basado en la polémica planteada entre la “filología formal” de Gottfried Hermann frente a la “filología histórica” de August Boeckh (a cargo de Gherardo Ugolini). A este capítulo le sigue uno dedicado a Nietzsche (a cargo de Gherardo Ugolini), probablemente la figura más polémica de la Filología Clásica, en torno a la cual se agrupan otros personajes como Ritschl y Rohde, además, de, claro está, su antagonista Wilamowitz, que recibe toda la atención en el capítulo siguiente (a cargo

de Gherardo Ugolini), con el que se cierra esta segunda parte dedicada en su integridad a la filología alemana del ochocientos.

En esta segunda parte es donde podemos observar con suma claridad cómo el planteamiento de esta obra incide en el carácter polémico de las corrientes y escuelas filológicas, a la manera que lo que son también las peleas de los especialistas en otras materias. Naturalmente, en este caso el carácter más polémico viene a representarlo el propio Nietzsche, que plantea, por decirlo de una manera gráfica, una “enmienda a la totalidad” del entramado filológico, tal como se había configurado al calor del historicismo y el positivismo del siglo XIX.

c) La tercera y última parte de la obra está dedicada a la filología durante el siglo XX, donde la polémica tampoco deja de ser su principal elemento definitorio. Comienza con Werner Jaeger y el llamado “tercer humanismo” (a cargo de Gherardo Ugolini), para continuar después con un capítulo dedicado a Giorgio Pasquali (a cargo de Luciano Bossina), donde se plantean las no siempre pacíficas ni sencillas relaciones filológicas entre Alemania e Italia. Los tres siguientes capítulos, los finales, rompen con el criterio del protagonista para centrarse en tres aspectos diversos, definidores de la actual Filología Clásica: la papirología (a cargo de Pasquale Massimo Pinto), los estudios de Tradición y Recepción Clásica (a cargo de Andrea Rodighiero) y, finalmente, la filología tras la guerra mundial (a cargo de Diego Lanza).

La profundidad y brillantez con que se plantea cada uno de los capítulos nos brindan una lectura interesantísima y no exenta de momentos apasionados. Ejemplo de ello son las páginas dedicadas a Pasquali y todo el problema del “arte alusiva” (Menandro frente a Terencio), por ejemplo. En cualquier caso, el libro intenta mostrar una historia dinámica y polémica de la Filología Clásica, vinculada al mundo real donde se inscribe y, asimismo, a unos lugares de referencia, tales como Cambridge, Gotinga, Halle o Berlín. La bibliografía utilizada resulta, asimismo, muy útil y atinada, pues discurre desde las obras de referencia ineludibles hasta trabajos de investigación puntuales y utilísimos. De manera particular, nos ha parecido curioso que se dedique todo un capítulo a los fenómenos de recepción del mundo antiguo (“Rinarrare l’antico: parole e immagini”), dado que éstos inciden directamente en la configuración de nuevos discursos narrativos que reconfiguran nuestra visión de la Antigüedad, alejándonos de esta forma de las visiones positivistas que ven en lo clásico algo inmutable. Creemos que, en este sentido, esta nueva historia de la Filología Clásica también supone un esfuerzo de comprender la realidad cambiante que supone este tipo de saber.

Se trata, en definitiva, de un libro excelente y estimulante que nos ha invitado a pensar acerca de cuáles deberían ser los fundamentos para trazar una moderna historia de la Filología Clásica. En este sentido, nos atrevemos a proponer los siguientes puntos de partida que, naturalmente, no agotan el posible elenco:

a) A la hora de emprender un proyecto de estas características, estamos ya irremediablemente abocados a trazar un proyecto colectivo, como es el del propio libro que reseñamos. Es difícil que podamos encontrar ya un nuevo Sandys o un Pfeiffer, es decir, sabios capaces de abordar todos los campos del saber antiguo por sí mismos.

b) La historia de la Filología Clásica debe partir de un conocimiento cabal y sistemático de su historiografía, entendida ésta cómo el estudio de sus académicos, instituciones y documentos. En este sentido, el estudio detenido de los documentos (pongamos por caso, el conjunto de los manuales de literatura clásica publicados en un período dado) no supone otra cosa que la fundamentación necesaria a la hora de trazar cualquier historia posible al respecto.

c) Una moderna historia de la Filología Clásica debería partir de los criterios propios de una historia cultural, encaminada a escudriñar cuál ha sido el significado simbólico de nuestras disciplinas en el mundo moderno. Asimismo, no se puede hacer una historia de Filología Clásica aislada de la historia general y de la cultura.

d) Asimismo, en la línea ya expuesta acerca de la elección de los grandes nombres para articular el relato histórico, si bien se trata de un criterio valioso, es necesario que no nos quedemos tan sólo en los indiscutibles “protagonistas”, sino que indagemos en la presencia o no de “masas críticas”, por precarias que éstas puedan ser, en lugares periféricos de los ámbitos centrales de la actividad filológica. En este sentido, hace ya unos años que venimos estudiando la historiografía de la literatura clásica en España, desde los tiempos de Carlos III hasta la Guerra Civil española del 36, en un intento por recuperar todos los manuales y programas de curso publicados y de estudiar las transferencias de conocimiento que se produjeron desde las escuelas europeas, generalmente por medio de la lengua francesa. Tales estudios nos permiten comprender mejor cómo eran estos “eriales científicos y culturales”, apreciando, por ejemplo, la presencia de individualidades notables y, ante todo, la precariedad de las instituciones científicas y académicas.

El libro se completa, por lo demás, con un detallado índice de nombres propios modernos que permite hacer consultas puntuales. Celebramos, por tanto, la publicación de esta monografía y esperamos que no sea la única dedicada a la historia de la Filología Clásica a lo largo de este proceloso siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA

- F. García Jurado, “El nacimiento de la Filología Clásica en España. La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid (1932-1936)”, *EC* 134, 2008, 77-104.
- K. Harloe, *Winckelmann and the invention of antiquity: aesthetics and history in the age of albertumswissenschaft*, New York 2013.
- W. Kroll, *Historia de la Filología Clásica*. Traducida y ampliada por Pascual Galindo Romeo. Catedrático de la Universidad de Zaragoza, Barcelona-Buenos Aires 1928.
- J. M<sup>a</sup> López Piñero, *La ciencia en la historia hispánica*, Barcelona 1982.
- R. Pfeiffer, *Historia de la Filología Clásica I. Desde los comienzos hasta el final de la época helenística*. Versión española de Justo Vicuña y M<sup>a</sup> Rosa Lafuente, Madrid 1981.
- R. Pfeiffer, *Historia de la Filología Clásica II. De 1300 a 1850*. Versión española de Justo Vicuña y M<sup>a</sup> Rosa Lafuente, Madrid 1981.
- J. Swift, *La batalla entre los libros antiguos y modernos*. Edición de Antonio Bernat Vistarini. Traducción y notas de Cristóbal Serra, Palma 2012.
- J. J. Winckelmann, *Historia del Arte en la Antigüedad seguida de las Observaciones de la Arquitectura de los antiguos*. Con un estudio crítico de J. W. Goethe. Introducción y traducción del alemán por Manuel Tamayo Benito, Madrid 1955.
- F. A. Wolf, *Esposizione della Scienza dell'Antichità secondo concetto, estensione, scopo e valore*. A cura di Salvatore Cerasuolo, Nápoles 1999.

FRANCISCO GARCÍA JURADO  
Universidad Complutense  
pacogj@ucm.es